

PRESENTACIÓN

FILOSOFÍA Y VIDA

La filosofía como tal no puede surgir de otra fuente que no sea la vida misma. La pregunta filosófica nace de ese desborde de vida que es el misterio, de esos huecos por los que la vida deja intuir su fondo más oscuro y por eso mismo más radiante. Filosofar, así, es hacerse responsable de ese desborde, es responder por él y ante él. Sin embargo, este buscar lo más-allá-de-la-vida de toda vida, lo más-allá-del-mundo de todo mundo, que distingue a toda actividad filosófica, es también el germen de su peligro más terrible. Porque la filosofía, lo sabemos todos, tiende continuamente a cierto anti-vitalismo racionalista por el que la mente filosófica se separa, como en un movimiento ascendente de soberbio ascetismo, de la sórdida ingenuidad mundana. Y esto, hay que decirlo, independientemente de la doctrina que se profese; porque incluso un nietzscheano “vitalista” se considerará separado del vulgo y portador del auténtico sentido de “Vida”, e incluso un nihilista posmoderno se creará por encima de los ingenuos discursos que se pretenden verdaderos.

Por eso, es también natural que surja el movimiento pendular opuesto: un impulso que busque romper con el abstracto mundo anti-vital de las ideas y conceptos. Un impulso que pretenda volver a situarse en la corriente de vida que vemos fluir inexorablemente a nuestro alrededor. Así, los conceptos e ideas serán tomados como impuros “derivados” de una fuente valiosa y original, cuya originalidad ha sido manchada por la irrespetuosa acción de la copia. Esta ruptura, acompañada siempre de una imagen o sensación de *regreso*, o *retorno*, buscará corregir la ruptura primigenia por la cual el hombre se habría desvinculado de la autenticidad de lo real, buscará sanar un *pecado original*. Y esto, insisto, puede verse en los más variados movimientos filosóficos de ayer y de hoy, y de las más variadas formas: el tomista acusará a Kant, el kantiano al posmoderno, el posmoderno a Platón.

No es la intención acá hacer una historia de los movimientos pendulares de la filosofía, sino destacar en este dinamismo el doble impulso del filosofar. Por un lado, la tendencia a *salirse de la vida* a fin de poder buscar lo que está más allá y poder decir algo *sobre* ella; y, por el otro, la reacción inevitable de una vuelta *hacia la vida*, de un retorno a la vitalidad original de la que en un comienzo se partió. Son, a mi entender, dos energías necesarias y complementarias, sin alguna de las cuales la filosofía queda trunca. Porque filosofar, en última instancia, será buscar *decir algo sobre la vida*. Y para poder decir algo, deberá estar por encima, deberá estar por afuera; pero para que ese *algo* diga realmente la vida, deberá estar también inmerso en ella, justamente *vivirla*. Porque si nos cerramos en un vitalismo

reaccionario, podríamos olvidar algo que es propio de la filosofía: la racionalidad. Y si nos cerramos en un intelectualismo abstracto, perderemos algo aún más importante: la sabiduría. Ajustar esta complementariedad no sólo será asegurar el ámbito propio de la filosofía, sino también garantizar su fecundidad.

¿Cuál será entonces la responsabilidad del filósofo, en un mundo vertiginoso y plural? Dejarse partir de la vida para poder salir de ella y encontrar algo más. Saber volver a ella para enriquecerla con lo aprendido. Ése será su aporte, su originalidad y su vocación. Y por eso será, también, su servicio a la sociedad. La actitud filosófica, en tanto puede desde la vida decir ese *algo más*, está llamada a hacerse cargo de su poder crítico e imaginativo con toda la responsabilidad que eso merece. El filósofo debe ver más allá, para así también *hacer ver* más allá, es decir, para comunicar su mirada, para mostrar que lo establecido es solo una faceta de lo posible, y que hay mucho más por descubrir o crear. No debe desmerecer esta función social: su mirada no sólo es necesaria para comprender el mundo, sino además para poder tomar distancia de él y para proponer un mundo nuevo, más acorde a las necesidades y deseos del hombre, más acorde a la vida.

Así, imbuidos de este espíritu, con el objetivo de aportar aunque sea en lo más mínimo al desarrollo vital de nuestra sociedad, les presentamos esta décima edición de la Revista Tábano del Centro de Estudiantes de Filosofía de la UCA.

Priman en esta serie de artículos, sin descuidar otras cuestiones, temas de ética y filosofía social que buscan llevar a la práctica la actitud filosófica descrita arriba. Abre la revista una semblanza de quien fuera una apasionada y admirada profesora de esta casa, Julia Valentina Iribarne, a cuya memoria dedicamos esta edición de la Revista Tábano; el escrito, a cargo de Luis R. Rabanaque, se enfoca en su labor como traductora. Lo sigue un artículo de la propia Julia —que impartiera en su momento y con pasión en clase— en el cual busca traer luz sobre algunas cuestiones fundamentales de la existencia humana y de su apertura a los otros, apoyándose como siempre en la fenomenología husserliana. Queremos recordar aquí la incansable labor de Julia como investigadora y docente, como traductora y escritora, pero sobre todo su talante humano, su búsqueda apasionada de sentido, sus palabras de aliento, su generosidad, su afecto.

El artículo de Catalina Barrios, de Mar del Plata, trabaja el rol crítico y constructor del pensador, y nos comparte sus investigaciones sobre el “reflexionar políticamente” en Hannah Arendt. Sebastián Vega, de Córdoba, busca aclarar el sentido de la filosofía a partir de la relación vital y mítica entre el lenguaje, el pecado y lo sagrado en la obra de Bataille. José Manuel Flores Eudave, de México, homenajea a su compatriota Octavio Paz en el centenario de su nacimiento, trayendo a la actualidad sus advertencias sobre la necesidad de un ejercicio crítico por parte de los intelectuales, particularmente en América Latina. A continuación

Malena León, estudiante cordobesa, muestra cómo Buenaventura ejerció dicho espíritu crítico en sus reflexiones sobre las nociones de dominio y posesión, y evalúa los alcances de dichos planteos. Francisco Bodean, estudiante de Santa Fe, desarrolla, desde el concepto de racionalidad filosófica de Maurice Blondel, la articulación entre la subjetividad activa del filósofo, su pensamiento analítico y su realización práctica. Le sigue una traducción original de un artículo de Del Noce, en el que el pensador italiano retoma las ideas de Simone Weil para demostrar que los positivismos y sociologismos del siglo XX no conducen a una revolución política sino meramente científica. Debemos este trabajo de traducción a Carolina Riva Posse y Magdalena Pereyra Iraola. Le sigue el artículo de Julián Ignacio López, de Buenos Aires, que busca exponer la problemática planteada por Nicolás de Cusa en torno a los límites y posibilidades de un conocimiento preciso, e interpretarla como una cuestión clave en el paso de la Edad Media a la Modernidad. Pedro Nel Alzate Velásquez nos comparte, desde Colombia, una aguda y seria reflexión fenomenológica sobre la *desaparición*, que se hermana con la experiencia desgarradora que tantos han sufrido en distintos países latinoamericanos. Y para cerrar, Martín Grassi nos regala una reflexión metafísica sobre la relación entre el yo, el otro y el nosotros desde la filosofía de Gabriel Marcel, a la que le sigue una reseña de su último libro *(Im)posibilidad y (sin)razón: La filosofía, o habitar la paradoja* (2014).

Esperamos que todos estos escritos sean, como el tábano, invitaciones a movilizarnos, ya sea en el ámbito de la reflexión filosófica o en el de la práctica, a salirnos de la tibia e inmóvil comodidad de siempre para dar un paso más, para ver en la profundidad todo eso que hay detrás y hay delante, todo eso que somos y que todavía no somos.

Guillermo N. Barber Soler